



NIETZSCHE Y LA FIDELIDAD A LA TIERRA

INDALECIO GARCÍA

Departamento de Filosofía

Corporación Universitaria Minuto de Dios

(Colombia)

RESUMEN

La idea de “ser fiel a la tierra” es expresada en diversas obras del periodo medio de Nietzsche (cf. *El caminante y su sombra* 5). Con ella indicaría un cierto hacer a un lado las morales espiritualistas, por medio de cierta afirmación de la vida. Uno de los ejemplos de esa fidelidad sería el pueblo griego en su época heroica, idea que Nietzsche tendría en mente ya desde sus primeros escritos (cf. *El nacimiento de la tragedia; La filosofía en la época trágica de los griegos*). Es más, el primer gran quiebre de ese ser fiel a la tierra en Grecia se habría dado con la figura de Sócrates y su minusvaloración de la vida en relación con el orden superior de la verdad. En este texto se intentará aclarar, siguiendo algunos pasajes de los textos de Nietzsche antes mencionados, los rasgos de esa expresión nietzscheana.

ABSTRACT

The expression “true to the earth” is found in different passages of the middle period of Nietzsche’s work (cf. *Der Wanderer und sein Schatten* 5). The expression would mean to put aside spiritualist morals with the aim of the affirmation of life. The ancient Greeks would be an example of this affirmation of life, like the first Nietzsche’s writings indicate (cf. *Die Geburt der Tragödie*, or *Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen*).



Nonetheless, since Socrates underestimates life in relation to the superior order of truth, the Greeks would have lost that vital character.

This paper attempts to clarify the meaning of “true to the earth” through the considerations of some parts of these texts.

PALABRAS CLAVE:

Nietzsche-Griegos-Vida-Moral.

KEYWORDS:

Nietzsche-Greeks-Life-Moral.

“El amor es el peligro del más solitario, el amor a todas las cosas, ¡con tal de que vivan!”

F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*

En su artículo “Fiel a la tierra: El cuidado de sí mismo y el mundo epicúreo según Nietzsche”, Ansell Pearson plantea que Nietzsche propondría una cierta ética epicureísta en la etapa media de su pensamiento. Esta propuesta se basaría en la aceptación (o afirmación) por parte de Epicuro de lo dado por la vida: tanto los grandes o pequeños placeres, como los grandes o pequeños sufrimientos.

En este trabajo me propongo extender la interpretación propuesta por Pearson, señalando que esa afirmación de la vida fue encontrada por Nietzsche no sólo en la filosofía de Epicuro, sino en la cultura griega misma. Para esto contextualizaré la expresión “ser fiel a la tierra” en su aparición en *Así habló Zaratustra* e intentaré precisar su significado acudiendo a *El caminante y su sombra*; luego analizaré un algunos pasajes del *Crepúsculo de los ídolos* y del *Nacimiento de la tragedia* en los que Nietzsche indica los rasgos propios del tipo de hombre griego, que hacen de éste alguien que afirma la vida. Finalmente,



intentaré mostrar por qué ese ser fiel a la tierra, o afirmar la vida por parte de los griegos, no implicaría que tuviesen un carácter resignado frente a lo pasajero y terrible de la existencia.

La expresión “fidelidad a la tierra” aparece en el prólogo del *Zaratustra*. Nietzsche nos cuenta allí que Zaratustra llega a una ciudad donde muchos se encuentran reunidos en un mercado viendo a un volatinero. Aprovechando al pueblo congregado, Zaratustra se dirige a ellos para anunciar al súperhombre. Después de decirles que el hombre debe ser superado, Zaratustra exhorta a todos: “permaneced fieles a la tierra [bleibt der Erde treu]”. Esto lo dice, para que se alejen de un tipo de hombre que i) “habla de esperanzas sobreterrenales” y ii) “son despreciadores de la vida” (cf. prólogo 3). Posteriormente, afirmará que ama a los que se sacrifican a la tierra, pues así permiten que ésta llegue a ser el súperhombre (cf. prólogo 4).

Con todo, ¿en qué consistirían esa fidelidad y ese sacrificio? En el *Zaratustra*, Nietzsche caracterizará esa fidelidad y ese sacrificio sobre todo de manera negativa. Allí habla de “dejar de esconder la cabeza en la arena de las cosas celestes” (De los transmudanos) y de no huir “no huir hacia paredes eternas” (De la virtud que hace regalos 2). De modo más enfático, Zaratustra afirmará hacia el final del libro que “Mas nosotros no queremos entrar en modo alguno en el reino de los cielos: nos hemos hecho hombres, - y por eso queremos el reino de la tierra” (La fiesta del asno 2).

Sin embargo, esta caracterización negativa parece insuficiente, pues se sabe de qué ha de alejarse el hombre que quiere ser fiel a la tierra, pero no en qué consistiría esa fidelidad. Para precisar el sentido de la fidelidad a la tierra planteada por el filósofo alemán, se puede acudir (como lo sugiere Pearson) a algunos pasajes de *El caminante y su sombra*.

La hipótesis que maneja Pearson es que el significado de la expresión “ser fiel a la tierra”, puede ser encontrado en uno de los numerales con que inicia *El*



caminante y su sombra. En ese numeral Nietzsche afirma que las cosas altamente valoradas por los metafísicos, han dejado otras cosas de lado, que serían las que se deben aprender a valorar:

[...] las cosas más inmediatas, como la alimentación, la vivienda, el vestido, las relaciones sociales, no pasan a ser materia de reflexión y de reforma constante, libre de prejuicios y general, sino que, por ser consideradas inferiores, se excluye de ellas toda seriedad intelectual y artística (*El caminante y su sombra* 5).

Así, los que no han sido fieles a la tierra son los que han valorado cosas que no tienen que ver propiamente con la vida (ideas, mundos eternos), en lugar de aquello que compone nuestras vidas: comer, refugiarnos, vestirnos. La fidelidad a la tierra consistiría, entonces, en encontrar el modo de valorar esas realidades más cercanas. Dice Nietzsche en los fragmentos póstumos: “¡No más! Volvámonos lo que aún no somos: buenos vecinos de las cosas próximas” (Friedrich Nietzsche, *Fragmente IV (1877–79)*, *Notizbücher – Juli 1879 (31)*. In: *Sämtliche Werke, Kritische Studienausgabe Band 8*, hg. von G. Colli und M. Montinari, München 1999, S. 588).

No obstante, el objetivo de esta ponencia no es hablar de esa especie de “metafísica de las cosas cercanas” de Nietzsche, sino de cómo los griegos habrían sido, según el filósofo alemán, precisamente un ejemplo de ese tipo de valoración de lo más cercano. De hecho, para Nietzsche la filosofía aparecería sólo en el momento en que esa valoración entra en decadencia, pues la filosofía, y en concreto la filosofía propuesta por Sócrates y Platón, desplaza lo valioso a un plano supraterráneo. Este es uno de los motivos por los que Nietzsche considerará a Sócrates, y con él a la generalidad de los filósofos, como el ejemplo de un tipo de hombre decadente (cf. *Crepúsculo de los ídolos*, El problema de Sócrates).

Más en concreto, en uno de los apartados del *Crepúsculo de los ídolos* Nietzsche habla de lo que debe a los antiguos. Allí no se refiere a ninguno de los



grandes filósofos como fuentes de su pensamiento (es más, hace una fuerte crítica a Platón y su exaltación del bien como ideal), sino que menciona a Tucídides, un historiador, cuya obra describe como “la última manifestación de la objetividad fuerte, rigurosa y dura, que había en el instinto de los antiguos helenos” (*Crepúsculo de los ídolos*, Lo que debo a los antiguos 2). Esa admiración por Tucídides residiría en esa afirmación de la vida, de lo que no es tan sólo ideal, sino que ocurre en la historia de un modo concreto.

Los griegos que preceden a la filosofía habrían sido hombres (o una cultura) capaces de valorar lo más cercano. De valorar todo lo que la vida en la tierra incluye. Incluso lo más terrible. Un poco más adelante en *El crepúsculo de los ídolos* Nietzsche afirmará:

Lo que yo llamé dionisiaco, intuyendo que era un puente que llevaba a la psicología del poeta trágico, es la afirmación de la vida incluso en sus aspectos más extraños y duros, alegrándose de su propia inagotabilidad al sacrificar a sus tipos más elevados. Y ello, no para liberarse del horror y de la compasión, ni para purificarse de una pasión peligrosa descargándola vehementemente, como lo entendió Aristóteles, sino para identificarse por encima del horror y de la compasión, con el goce eterno del devenir, goce que incluye también el placer de destruir... (*El crepúsculo de los ídolos*, Lo que debo a los antiguos 5).

Al hablar aquí de lo dionisiaco, como es sabido, Nietzsche se refiere a la distinción (manifestada en la cultura griega) de dos instintos vitales que llevó a cabo en *El nacimiento de la tragedia*: el instinto apolíneo y el instinto dionisiaco. No entraremos aquí a caracterizar estos instintos, pero sí es posible señalar que los dos instintos serían, cada uno a su manera, afirmaciones de la vida, y por tanto modos de fidelidad a la tierra.

Por un lado, el instinto apolíneo habría impulsado a los griegos a establecer algo como la mitología de los dioses olímpicos. Y Nietzsche enfatiza en que, a pesar de ser divinidades, los olímpicos son dioses corporales, en los que el griego diviniza “todo lo existente, lo mismo si es bueno que si es malo” (cf. *El*



nacimiento de la tragedia 3). Por otro lado, se encontraría el instinto dionisiaco, pues no todo lo que se puede afirmar de la vida es exhuberancia, sino también su destruirse o desaparecer:

Debemos darnos cuenta de que todo lo que nace tiene que estar dispuesto a un ocaso doloroso, nos vemos forzados a penetrar con la mirada en los horrores de la existencia individual [...]. La lucha, el tormento, la aniquilación de las apariencias parécenos ahora necesarios, dada la sobreabundancia de las formas innumerables de existencia que se apremian y se empujan a vivir (*El nacimiento de la tragedia* 17).

¿En qué rasgo de la cultura griega se mostraría este instinto dionisiaco? Especialmente en la música, pues es en la música donde cada nota desaparece para dar paso a la siguiente, la que a su vez sólo tiene lugar dando paso a otra.

No obstante, presentados de este modo, los instintos apolíneo y dionisiaco parecen afirmar la vida, o ser fieles a la tierra, simplemente aceptándola. Este modo de aceptación lo entenderá Nietzsche como una especie de resignación, y por eso modificará lo propuesto en *El nacimiento de la tragedia*: ya no entenderá lo apolíneo y lo dionisiaco como dos fuerzas, por así decir, que rigiesen todo lo existente, y ante las que sólo quedara un cierto tipo de resignación, sino que, en escritos posteriores, mostrará de qué manera la afirmación de todo lo terrenal, incluso la de lo terrible o de lo que hace sufrir, no implica resignación: la fidelidad a la tierra no es tan sólo la aceptación de la vida tal como ella se da, sino que ser fiel a la tierra implica el encuentro del valor de esa vida. Esta sería la propuesta positiva de Nietzsche con el “ser fiel a la tierra”, y es lo que se intentará mostrar a continuación.

Como decíamos antes al caracterizar la expresión “fidelidad a la tierra” a partir del *Caminante y su sombra*, esta fidelidad tiene que ver con cierto tipo de valoración de lo más cercano. Esto habría acontecido ya entre los griegos:

El sitio justo es el cuerpo, el ademán, la dieta alimenticia, la fisiología; lo demás es un resultado de esto. Esta es la razón de que los griegos sigan siendo el *primer acontecimiento cultural* de la historia: supieron lo que había



que hacer, y lo *hicieron*. El cristianismo, al despreciar el cuerpo, ha sido la mayor desgracia que hasta ahora ha sufrido la humanidad (El crepúsculo de los ídolos, Incursiones de un intempestivo 47).

Si esa valoración de lo más cercano se pone en juego con los instintos vitales planteados en *El Nacimiento de la tragedia*, entonces se abre una posibilidad problemática: que esa valoración de lo más cercano equivalga a un tipo de aceptación resignada (la aceptación del constante destruirse dionisiaco).

Sin embargo, esta posible interpretación acerca del pueblo griego como un pueblo resignado es hecha a un lado por el desarrollo del instinto dionisiaco que lleva a cabo Nietzsche en textos posteriores al *Nacimiento de la tragedia*. Un ejemplo es la caracterización de ese instinto en El crepúsculo de los ídolos:

[...] es precisamente en los misterios dionisiacos, en la psicología de los estados dionisiacos donde se manifiesta el *hecho fundamental* del instinto helénico: su «voluntad de vivir» [...]. Para que se dé el placer de crear, para que la voluntad de vivir se afirme eternamente a sí misma, ha de darse eternamente también el «tormento de la parturienta»... (El crepúsculo de los ídolos, Lo que debo a los antiguos 4).

Aquí lo dionisiaco es caracterizado con dos rasgos que en *El nacimiento de la tragedia* estaban tan solo indicados: i) lo dionisiaco como voluntad de vivir; y ii) con cierto carácter creativo. Y sería precisamente esto último lo que permitiría notar que la fidelidad a la tierra no implicaría sólo aceptación ante la destrucción de lo dionisiaco, sino también el ejercicio de un cierto poder creativo.

Ese poder creativo sería algo que Nietzsche habría encontrado manifiesto en la cultura griega. Dice Vanessa Lemm hablando de los griegos en relación con la modernidad:

El propio Nietzsche emprende esta superación artística y contra-histórica cuando intenta recuperar aquello que ha sido olvidado y re-introduce en la era moderna la sensibilidad a-histórica y animal de los griegos. El retorno de los griegos pretende dar un vuelco desde una historia saturada de conocimiento hacia una historia rebotante de creatividad (Lemm, 2009, 475).



El tipo de hombre griego sería, entonces, uno en el que se acepta lo más cercano (lo terrible, lo pasajero, lo repetitivo), pero se lo valora cada vez creativamente. De hecho, el verse abocados a valorar lo que está en devenir, sería una expresión de la llamada voluntad de poder. Aquí no entraremos a detallar este concepto, pero en este caso el poder está indicado en ese sobreponerse de la valoración por encima de aquello que aparentemente no posee valor alguno, esto es, lo corriente o cercano. Dice B. Reginster sobre este punto:

La afirmación de la vida ya no requiere que evitemos lo que en *El nacimiento de la tragedia* es caracterizado como “ el mirar dentro de la horrible verdad” . Ahora somos capaces de contemplar esta verdad sin ser llevados por ella a la desesperación nihilista, pues la revaloración que hace posible la doctrina de la voluntad de poder nos permite darle la bienvenida y afirmarla (Reginster, 2006, 248-249).

De este modo, hemos visto cómo la fidelidad a la tierra propuesta por Nietzsche puede verse ejemplificada en la afirmación de la vida de los griegos. Y en relación con esa afirmación de la vida, hemos intentado precisar que no sólo tiene un aspecto de aceptación de las cosas que ocurren, sino un aspecto creativo, en el que esas cosas son valoradas. Terminó con una cita del final del Zarathustra:

«Amigos míos todos, dijo el más feo de los hombres, ¿qué os parece? Gracias a este día - yo estoy por primera vez contento de haber vivido mi vida entera. Y no me basta con atestiguar esto. Merece la pena vivir en la tierra: un solo día, una sola fiesta con Zarathustra me ha enseñado a amar la tierra (*Así habló Zarathustra*, La canción del noctámbulo).

BIBLIOGRAFÍA

ANSELL-PEARSON, K. (2013) “True to the Earth: Nietzsche’ s Epicurean Care of Self and World” en *Nietzsche’s Therapeutic Teaching*, New York.



LEMM, V. (2009) “Nietzsche y el olvido del animal” en *Arbor* CLXXXV 736: 471-482.

NIETZSCHE, F. (1985) *El origen de la tragedia*, Madrid.

— (1987) *Así habló Zaratustra*, Madrid.

— (1996) *Humano demasiado humano*, Madrid.

REGINSTER, B. (2006) *The Affirmation of Life: Nietzsche on Overcoming Nihilism*, Cambridge.